

Un mozo de espadas remienda un capote en el callejón de la plaza vieja de Bilbao, en los años cuarenta. (Foto: Baldomero).



Paco Aguado

Historias del toreo

que nunca te contaron

el paseo, 2022

© Francisco Aguado Montero, 2022
© de las fotografías: archivos y autores identificados en los pies de foto
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022

WWW.ELPASEOEDITORIAL.COM
Colección MEMORIA

1ª edición: octubre de 2022

El autor y la editorial quieren agradecer la gentileza de todos aquellos autores, publicaciones y agencias que han cedido material gráfico en apoyo de las piezas de este libro, y especialmente, a la labor compiladora de Manuel Durán.

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Maquetación: EL PASEO EDITORIAL
Corrección: Manuel Gregorio González
Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-17-5
DEPÓSITO LEGAL: SE-1755-2022
CÓDIGO THEMA: NHT; WQ

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Índice

UN PASEO POR LA CULTURA DE UN PUEBLO	13
De carniceros a «matadores»	16
Cambio de protagonistas	20
La reinención de Montes	23
Siglo xx, cambalache: de Guerrita a Belmonte	26
Antes y después de la guerra	29
La ley del péndulo	33
EL TOREO EN TIEMPOS DEL «DESASTRE»	39
La caída del imperio guerrista... ..	41
<i>Fake news</i> y corridas patrióticas	44
El antitaurinismo del 98	48
El espectáculo más nacional	50
Las masas, con José y Juan	53
BELMONTE LIDIA CON LA ÉLITE	57
El manifiesto belmontista	60
Una revolución estética	64
Biblioteca y baño	68
Alameda matiza, Bergamín rectifica	72
MIGUEL HERNÁNDEZ, COMO EL TORO	79
La dimensión «táurica»	81
De desdén en desdén	83
Redactor del <i>Cossío</i>	86

El toro como símbolo	90
La muerte en el «chiquero»	94
LA CORTA, Y CONVULSA, TEMPORADA DEL 36	97
Inauguración con bandera tricolor	98
Nuevo gobierno, nueva temporada	103
El tendido, un termómetro de crispación	108
Sangre en el ruedo y en las calles	112
Toreros en el frente, himnos por pasodobles	117
Fiesta en la tragedia	123
Plazas de toros: <i>chekas</i> y prisiones	127
La frontera de dos épocas	130
MUCHO MÁS QUE «EL DOMINGUÍN COMUNISTA»	135
Un adolescente cara al sol	137
Lecciones de vida	140
Del ruedo al despacho	142
Una teoría comunista del toreo	145
Ferraz, 12: el refugio	149
La cara broma de <i>Viridiana</i>	153
El pulgar de Picasso y una multicopista en la azotea	160
Clandestinos en Vista Alegre, famosos en Villa Paz	166
Una «Oportunidad» para la famélica legión	170
Orgullo y desengaño	175
«El hombre más simpático que anda por el mundo»	178
De rosa picassiano tras el Telón de Acero	183
El Ecuador, último paraíso	187
Rojo y morado	189
EL PENÚLTIMO VERANO DE «PAPÁ ERNESTO»	195
Pasión por los toros	197
París, y Churriana, eran una fiesta	200

Un Nobel frente a un Óscar	203
Welles elige Ronda	206
La sangre del veterano	208
Más dura fue la polémica	211
Cuestión de orgullo	213
MIGUELÍN, MAYO DEL 68	217
Erik el Rojo vestido de luces	219
Guerrillas y conventos	220
Un salto famoso y un «borrego»	223
De la DGS a los periódicos...	225
Héroes sin Seguridad Social	228
Un hito contra la masa	232
Un despliegue de capacidad	235
CUANDO A CARRILLO LO SACABAN A HOMBROS	239
Alberti vuelve a los toros	241
Banderas rojas en Vista Alegre	243
Soluciones de izquierdas para el toreo	247
<i>Mundo Obrero</i> , sección taurina	250
Conciertos, mítines... y toros...	255
Carrillo, presidente	257
Los comunistas cambian Las Ventas	260
De la euforia roja al ataque verde	262
«LA MOVIDA» DE LOS TOROS	267
Los tiempos están cambiando...	270
Los «rojos» toman el toreo	274
1982, no solo el Mundial	279
Enganchados a un mechón	283
El <i>rock</i> torero	288
Británicos, catalanes y vascos...	293

Dos cadáveres jóvenes	298
Los últimos hitos de mayo	301
ANTONIO CORBACHO, DETRÁS DE SU FÁBULA	307
Belmonte, Mishima y Eduardo Canorea	309
El chamán y el aprendiz de brujo	312
La pasión mexicana de José Tomás	315
El «método Corbacho»	317
Entre El Juli y José Tomás	320
El «mensaje» de Talavante	323
La última lección	325
 BIBLIOGRAFÍA RECURRIDA (Y RECOMENDADA)	 329

*A todos aquellos personajes que, desde el segundo plano,
guardan y transmiten la memoria íntima del toreo,
tan distante de la versión oficial.
Y en especial a los mozos de espadas clásicos,
por su sabia discreción.*



El novillero madrileño Ángel Llorente, camino de la plaza con uno de sus banderilleros, en Mombeltrán, Ávila, el 4 de julio de 1949. (Foto: Santos Yubero).

Un paseo por la cultura de un pueblo

EN el principio fue el toro. El mito, antes que el rito, de un animal convertido en tótem del Mediterráneo. A ese toro, fuerte, indómito, fecundador, rinde culto desde su origen una cultura entendida como acervo de la tribu, como un vademécum de recursos y conocimientos adquiridos para subsistir en la lucha con la temida Naturaleza. Por eso se tomó al toro como espejo, como ejemplo de virtudes primarias, de fuerza y de valor. Un mito, en suma, del que admirar el poder físico y genésico que el hombre quería robarle en cada sacrificio, un ídolo al que ya pintó con sangre en la roca de la prehistoria.

El toro fue uno de los dioses del *Mare Nostrum*: en Grecia, en Roma, en Egipto y en toda la orilla africana. Y, por supuesto, en Iberia. En el nacimiento de la cultura occidental siempre estuvo entre los grandes protagonistas de los sueños de la Arcadia feliz del paganismo, raptando a Europa con su capa ensabanada o con el pelo albahío del becerro de oro de los faraones. O bien colorado y veleta, como el que saltaban los atletas de las vasijas cretenses, o carifosco y zaíno, igual que las tinieblas del laberinto en que lo estoqueó Teseo. El toro ya era el centro de los ritos prehelénicos y prerromanos cuando, cumpliendo uno de sus doce trabajos, Hércules tuvo que embarcar los serios cinqueños del hierro de Gerión que pastaban en los prados de Tartessos.

Desde entonces, ese toro engallado galopa desafiante por las espirales de ADN de un pueblo que le convirtió en símbolo. Al toro y a su sangre, pues de su contacto los novios creían sacar vigor sexual para la boda; de su sacrificio, los hombres del campo, el contenido de los dioses para que fertilizaran sus tierras y multiplicaran las cosechas; y de su enfrentamiento, los guerreros, el coraje y la destreza para la batalla.

Siempre el toro campó a sus anchas por una Hispania, visigoda o andalusí, en la que acabó, como casi todo, cristianizándose y ocupando las fechas señaladas del calendario, las de los ciclos astrales y vitales que marcan el ritmo del mundo y que la Iglesia recalificó con nombres de santos y de mártires. Pero hasta en los nuevos ritos católicos el toro siguió siendo el centro de cada jornada lúdica, dominando las calles del burgo a su llegada del campo con idéntica fuerza ancestral, provocando la misma atracción visceral que durante milenios ha llevado a los hombres a desafiarle, por instinto y contra el instinto. Con el cristianismo entró incluso en los templos, literalmente, e irrumpió también en las vidas de los santos, como un dios de las bestias que acaba doblando las manos ante el dios superior, tal que en el milagro de san Pedro Regalado, por eso patrón de los toreros.

En la Baja y en la Alta Edad Media el toro continúa presente en las *Cantigas* del Rey Sabio, en los pergaminos, en los capiteles románicos, en los encierros de la Castilla que se expande... Y, trasladado desde la paz agraria por las cañadas de la Mesta, pasa a ser, súbito e incontrolable, un generador de tumultos y espantos en las calles y en las plazas mayores, embolado o ensogado, pero siempre fiel cumplidor de una función secular: su fuerza y su sangre, su poder y su muerte, puestas al servicio del rito y de la necesidad del hombre de probarse a sí mismo.

Tras miles de años, germina por fin la gran fiesta del toro, la del sol y la sombra, la del contraste eterno ente lo vital y lo incierto. Y a cada paso se adapta igual a los viejos cultos del fuego, como el que prendió las astas embreadas de los que ahuyentaron a los cartagineses, que a los de la exaltación de la tierra, tal que esas vacas montaraces que se descuelgan cada año de los cerros a la ribera del Ebro.

Por toda la España naciente se extendió esa renovada adoración al tótem que aún resiste a la informática: la del toro Jubilo, la del toro de la Vega, la del toro del Alba, la del toro de Coria, la del toro del Aguardiente, las de los toros de todas las calles de Valencia y Castellón... y las de otros cientos más que describió el filólogo e historiador Ángel Álvarez de Miranda. Eran, entonces, de las razas autóctonas y silvestres de cada región los bovinos que servían recurrentemente a esas costumbres locales pulidas a golpe de siglos y cultivadas en la memoria no escrita de los pueblos.

Eran los toros, aún no «bravos», sí agresivos, que cada año y por las mismas fechas provocaban el temblor caliente del riesgo sobre el empedrado.

Los cultos tauricos se sostienen en la historia de esa vieja piel de toro que describió Estrabón, donde, no por casualidad, se dejó al tótem sin domesticar, intocado e intocable. Frente a la rutina productiva de la leche y de la carne, primó la épica en la pelea de este magnífico animal, el valor sublime y superior de su fiereza, la agresividad más gratuita y generosa de un manantial de sangre nunca frenado, como el de ninguna otra fiera. Porque mientras en Europa moría el último uro en una partida de caza, al sur ibérico la nobleza y el ejército conservaban a su sucesor dispuesto para la lucha. Desde los tiempos de la Reconquista, y sus largas treguas bélicas, el adiestramiento del guerrero encontró en el toro el *spar-ring* inmejorable y siempre a mano en las pjaras de las extensas dehesas, las salitrosas marismas, las húmedas riberas y los ariscos montes del terreno recuperado. Pasado el tiempo, pero asentada la costumbre, las maestranzas de caballería, esa especie de clubes privados de viejos hidalgos, acabaron de ennoblecer la antigua y pedestre lucha del populacho contra la fiera. Y al cerrar el círculo del combate en los primeros palenques especializados, el entrenamiento militar dejó de serlo para convertirse en espectáculo galante.

El rito llegó así a la corte. Y también a los libros, con la redacción de las primeras normas escritas para la lidia a caballo, el aliado del hombre en esta pelea. Las primeras ordenanzas sometieron el rito tumultuoso de la masa al orden de las élites. La lanza sustituyó al cuchillo y el rústico arrojó anónimo se tornó en gentil alarde de caballeros, un juego de nobles a veces envuelto en intrigas palaciegas, como la del impulso «soberano» que acabó con el sátrapa conde de Villamediana, aquel que «picaba muy alto» a los astados no solo de cuatro patas.

En tiempos imperiales las «fiestas de toros y cañas» se celebraban en masa con las más aleatorias excusas: bodas reales, nacimientos de infantes, subidas al trono, nuevas conquistas, victorias frente al infiel del sur o del norte, fiestas de guardar... Y por eso se multiplicó la lista de caballeros en plaza, incluidos reyes y emperadores, con Carlos V a la cabeza. Una amplia tropa de pajes, escuderos y palafreneros, en un plagado escenario de gualdrapas,

penachos y estandartes, contribuían a la ostentación de poder entre el lujo, el boato y el derroche del Barroco.

Y, por frecuencia y especialización, por su creciente ajuste y destreza en las suertes, los jinetes más certeros optaron por colgar la lanza larga en el astillero y clavar el corto rejón. Porque, puestos al alarde sonado, a brillar como héroes en la corte, mejor arriarse más al toro, a ese terreno ajustado que más valor exige y más emoción genera en el empeño. El toreo caballeresco vivía su edad dorada a caballo de la expansión del Imperio

Pero con el cambio de dinastía cambiaron también los gustos de palacio. Y, en un giro radical, tras el auge taurino de tiempos de los Austrias se inició un rápido declive en los primeros años borbónicos. El refinado gusto francés rechazaba la sangre y desdenaba la lidia... según la fácil lectura de los historiadores. Solo que la clave real de la decadencia de la lidia a caballo no la dio el desdén del rey sino el cambio de montura: Felipe V impuso a su caballería la monta a la italiana, a la brida, que proporciona una menor sujeción del hombre sobre el equino. O, lo que es lo mismo, menos seguridad para ir al toro que la antigua monta a la jineta. A la fuerza, los caballeros en plaza tuvieron de nuevo que recurrir a la vieja lanza, a la vara de detener. Y al caer en desuso el rejón, cayó también, de un golpe, la emoción del espectáculo cortesano.

DE CARNICEROS A «MATATOROS»

A la vez que las suertes se alejaban del toro, también se alejó la nobleza de los catafalcos y de los balcones de las plazas mayores. Pero el pueblo llano siguió a lo suyo, sosteniendo la autenticidad original del rito, las fiestas sin reglas que, coetáneas pero sin cronicones, nunca habían dejado de representarse ni de seguir avanzando. Es más, en esos primeros años del XVIII el festejo popular había derivado ya en una lid de peones, de gente de a pie que no de caballeros, como los pajes casi profesionales que los ayudaban y socorrían con sus capas en las fiestas reales. Todos frente al mismo toro, pero con distintos métodos y méritos.

Porque, contra el craso error de concepto arrastrado y heredado por los tratadistas, el toreo a pie no deriva del toreo a caballo. Ni tampoco de los musulmanes, impedidos por el Corán. Por el con-

trario, el viejo culto del toro, a la par que fulguraba o se apagaba la corrida galante, se mantenía vigente y en constante evolución aunque fuera recluido en recintos vulgares, del vulgo: en villas, aldeas o arrabales, sin oropel pero con una raíz tan profunda como su historia no escrita ni atendida por las élites culturales. En el Renacimiento, los gremios y los barrios también se jugaban con el toro la vida y la hacienda para emocionar a nuestros capuletos y montescos con cada salto, cada quiebro y cada alarde. Y seguían matando al mito que mata para luego repartir su carne, cocinarla y compartirla en fiestas de toros y calderas por el solsticio de san Juan, por la cosecha de san Mateo, por el Carnaval, por las procesiones del Corpus, por la Virgen de agosto...

En ese propicio contexto, los carniceros, los jíferos encargados de apuntillar y descuartizar esos toros, terminaron también por especializarse y, de paso, divertirse antes de hacer su trabajo. Formaron así las primeras cuadrillas de «matatoros», que se contrataban itinerantes para «dar fiesta» en la fiesta y rizar el rizo del lucimiento y del riesgo antes de consumir el práctico sacrificio. Pero lo más significativo del cambio es que cada cuadrilla actuaba a su manera, al estilo de su tierra. Es decir, con el espíritu expresivo que determinaban sus lugares de origen, según clima, orografía y costumbres.

Igual que en cada región se festeja y se baila distinto, también era diversa la forma de actuar frente al toro: si son del norte, toreañ sobre las piernas, esquivando vigorosos el peligro con brincos, recortes y carreras, como en sus jotas valientes al ritmo primario del tamboril y la dulzaina; si del sur, lo hacen con los brazos, con arabescos de capas y sombreros, como aquellos que todo lo tapaban para enojo de Esquilache, y tan a compás como el son rasgado de las vihuelas y castañuelas de los primeros palos flamencos.

Gusten más unos u otros, todos aportan y suman, porque aumentan la efectividad de su «trabajo» para ejercer como figuras anónimas de esa nueva y a la vez primitiva tauromaquia. Todos surgen del pueblo para divertir al pueblo. Y para que el corregidor o el alcalde, si la emoción de su arrojo alcanza las suficientes cotas, les acabe donando la valiosa carne del toro. Para confirmarlo, en señal de su gracia y como aval del premio, la autoridad hace cortar la oreja de la bestia antes de que se la lleven al destazadero.

La corrida a pie da así sus primeros pasos en los recintos cerrados donde se representa un rito aún caótico, bravío y descarnado. Pero en el camino del tiempo ha ido recogiendo los elementos que lo hacen más grande y más culto al sofisticar su envoltorio, su puesta en escena. Esas mejoras le llegan desde la barroca corrida caballeresca, de forma que el desfile de los caballeros en plaza acabó definiendo el paseíllo, con su respetuosa colocación militar por antigüedad y grado, lo mismo que las cornetas y los atabales del ejército derivan en los clarines y timbales que anuncian los sucesos de la arena. Claro que de ahí nace también, precisamente, la tan inveterada y dilatada costumbre española de evitar en lo posible pagar entrada en los toros. Como ha constatado el historiador Adrian Shubert, en las fiestas reales los personajes de la corte, sus séquitos y toda una legión de funcionarios y leguleyos accedían por la patilla a tabladros y palcos. Mala señal, todo un síntoma de baja estofa, era eso de tener que soltar la mosca para ver las corridas...

Para entonces el toro ya había cruzado el Atlántico y llegado al Nuevo Mundo, junto a la cruz y la espada. Lo hizo en principio para guardar las enormes haciendas del trópico, como esos toricos navarros que embarcaron los jesuitas a fin de alejar al indio rebelde de sus misiones. Pero fueron los virreyes los que decidieron soltarlos, ya derivados en razas cimarronas, para alancearlos bajo los balcones coloniales del Cuzco, de Lima, de Quito, del Volador de la vieja Tenochtitlán... Empezó así a definirse una tauromaquia prebolivariana que se extendió por toda la América hispana y lusitana, de norte a sur, hasta la llegada del gringo.

También allí cundió popularmente el reto y el rito llegado desde la metrópoli, al revelarse la costumbre de desafiar al toro como un sentimiento universal, al evidenciarse que este animal simbólico, aunque desconocido o importado, es capaz de remover las entrañas de cualquiera que se enfrente a su mirada. *Urbi et orbi*. Y en cada región de ultramar, en cada uno de sus pueblos, la lucha encontró igualmente su propia manera, su particular versión, a su gusto, a su ritmo, a caballo o a pie. Lo mismo la de los chalanes capeadores del Perú que la de los charros salmantinos que se hicieron al manejo del lazo en su migración a México. También allí las faenas de pampa y sabana, los coleos y los jaripeos, se llevaron a empalizadas y nopaleras para celebrar feste-

jos que se llamaron novenarios, corralejas... Y hasta, con irónica sumisión, sirvieron para representar la venganza del inca sobre el invasor blanco, ese sentido evidente del Yáwar Fiesta peruano: la sangre del toro se derrama con las garras del dios de los Andes, ese cóndor inmisericorde que los indígenas siguen atando aún sobre los morrillos para enjugar el expolio de El Dorado.

El más hispano de los ritos atávicos se expandió, como el idioma y la cultura, por toda Hispanoamérica. Pero también las protestas, el rechazo del humanismo a tantas muertes inútiles en las astas de los toros, el repudio a la inmoralidad de jugar en la fiesta con el don divino de la vida. Mientras se avivaban las piras de los autos de fe, la Iglesia católica ya había levantado la voz sobre el tumulto de los olés y los bramidos en forma de prohibiciones papales y amenazas de excomunión y castigo eterno, incluida la famosa bula que el arbitrario y desorientado Pío V dictó en 1567 contra la costumbre de correr toros. «Pues que se corran vacas», quebró Felipe II para dar tiempo a redactar un memorial de alegaciones frente al Vaticano. Puntual caballero en plaza e incapaz de prohibir a sus súbditos un divertimento tan serio, el rey prudente sabía que no se podían suprimir los festejos taurinos «sin disturbios ni descontento de todos, por ser costumbre tan antigua que parece estar en la sangre de los españoles».

Pero hasta en esto se dividió también la península ibérica, pues si los Austrias desobedecieron las órdenes de Roma, Portugal y don Sebastián las acataron... a medias: intentando evitar las muertes a abse de enfundar, embolar o serrar las frías aristas de los pitones. Así fue como el toreo se bifurcó para siempre a cada lado de la Raya, estancada su evolución al oeste porque ni la corte de Lisboa lo rechazó, como hizo la de Madrid a la llegada de los Borbones, ni los nobles dejaron nunca de practicarlo a lomos de sus corceles. Por eso, mientras en el Imperio español el empeño a pie crecía imparable, en el portugués la lidia ecuestre evolucionaba hasta su perfección al dictado del legendario marqués de Marialva. Si acaso, y en sustitución del rejonazo mortal, las élites lusitanas dejaron para la tropa de peones ese último choque tectónico de toro y forçados, guardias de corps de los palcos reales, sin telas ni armas de por medio.